

LA NACION

Diario independiente, fundado en 1946

Editorial

LN-4-8-88

Dos escollos para la paz

Dos causas principales entorpecen la paz en Centroamérica: el arraigo de un régimen marxista-leninista en Nicaragua y la maraña conceptual existente sobre la responsabilidad que incumbe a cada país en el cumplimiento del plan de paz.

Las declaraciones de ayer del Presidente Arias, acerca del resultado de las conversaciones, en Guatemala, de los cancilleres de Centroamérica con el secretario de Estado norteamericano, George Shultz, así lo confirman.

En esa oportunidad, el Presidente de la República expresó las siguientes ideas: todos los países centroamericanos incumplen, de alguna manera, el pacto de paz Esquipulas II; aun Costa Rica ha incumplido, al no haber aprobado la creación del parlamento centroamericano; todos volvemos los ojos a Nicaragua porque ahí no hay democracia; en otros países los gobiernos y las guerrillas no dialogan y no satisfacen otros compromisos, la solución de los problemas del istmo debe proseguir por medio del diálogo y no por la violencia.

Estos criterios parten de un planteamiento erróneo de Esquipulas II, en cuanto a la delimitación de la responsabilidad de cada país. En efecto, el objetivo medular de este documento: el logro de la paz por medio de la democracia, es acertado y recoge, en un solo haz, nuestras mejores tradiciones. Con todo, al imponer a todos los países, por igual, el mismo grado de responsabilidad, como si todos, en la misma medida, estuviesen violando los derechos humanos y todos negasen la democracia, incurren los exegetas del plan de paz en una grave desviación doctrinaria e histórica, que, lamentablemente, no se ha tratado de corregir.

El Presidente Arias reconoce que Nicaragua incumple porque "ahí no hay democracia". Sin embargo, no extrae de este axioma las conclusiones pertinentes: que dicho Gobierno constituye la principal causa de la violencia en Centroamérica, que por su contenido marxista-leninista es el mayor enemigo de la paz y que, por lo tanto, obliga a la rebelión armada, de donde se concluye que no es comparable su situación y, mucho menos, idéntica la responsabilidad con la del resto de los países centroamericanos.

De aquí que cuando el Presidente Arias afirma que

todos los países han incumplido, está excusando al que, en realidad, se ha mofado del plan de paz: el régimen de Nicaragua, con lo que no rinde un homenaje a la justicia, ni a la verdad.

En parecido extravío incurre el Presidente al exclamar que en otros países los gobiernos y las guerrillas no dialogan y no satisfacen otros compromisos firmados. La confusión conceptual de don Oscar salta a la vista: la guerrilla salvadoreña o la guatemalteca conspiran contra un gobierno democrático, legitimado por el pueblo, mientras que la de Nicaragua combate contra un grupo de usurpadores del poder, pues "ahí no hay democracia". Estas acusaciones sin matices, ni equidad, denotan un abandono de los principios básicos de Esquipulas II y, lo que es más serio, favorecen al Gobierno de Nicaragua.

El esfuerzo del Presidente en desdeñar la realidad centroamericana y en no señalar, con claridad y coraje, al verdadero culpable, se pone aún más de manifiesto al culpar también a Costa Rica de infringir el plan de paz, por no haber aprobado el parlamento centroamericano, cuya constitución o rechazo en nada afecta un proceso de democratización. Constituye un agravio para Costa Rica ponerla en el mismo banquillo de los acusados con el régimen de Nicaragua. Esta indiferenciación entre lo esencial y lo accesorio, es decir, esta falta de conceptos claros, no estimula, por cierto, el asentamiento de la paz en Centroamérica. Por el contrario, fortalece a quien la destruye.

Resulta, a este respecto, palpable el divorcio entre las aspiraciones estampadas en el documento suscrito, en Guatemala, por los cancilleres de Centroamérica — "la necesidad de una Centroamérica democrática, pluralista y libre" — y la actitud del Presidente Arias, entre la complacencia por un documento que respalda lo obvio — el plan de paz — y el trágico informe diario de los hechos.

Corrección

El editorial "Mantener la presión", publicado ayer en la sección "Otras voces" no corresponde a The New York Times, como erróneamente se indicó, sino a The Miami Herald.